

muchos de sus contemporáneos. El enigma rodeaba a este personaje interesado por temas ocultos y esotéricos, que publica las obras de Hans Staden, en las que cuenta sus penurias al ser apresado por una tribu indígena, o realiza veintitrés grabados sobre las acuarelas de John Wayne, cuya luz deja ver a los indígenas como si estuvieran en “un respetable parlamento de las islas británicas”. Sus dos hijos continúan una tradición que hereda de su abuelo pero que perfecciona en un recorrido por talleres de la época. Los libros editados por De Bry fueron usados por ingleses y franceses para justificar su plan colonizador y la rivalidad con los españoles en las guerras de ultramar de los siglos XVI y XVII.

Fiel a sus técnicas narrativas, Montoya nos brinda en algo más de 300 páginas, dividida en tres relatos con sus diferencias y particularidades técnicas, una obra erudita y madura que reflexiona sobre el otro imaginario de la conquista en la Europa renacentista del siglo XVI. Lleno de guiños al lector curioso y erudito, que no obstaculiza el tránsito a quienes desean sumergirse en una historia entretenida, esta obra es ante todo una meditación sobre la memoria, sobre la imposibilidad de olvidar, de dejar la barbarie atrás. El tema que articula a sus pintores es el enunciado en su título: la infamia. Un retrato de la infamia que de manera irónica pero no menos cruel fue usado para cometer otras infamias. Los tres, además, rodearon a la infamia y estuvieron cerca. La infamia no se puede borrar, tampoco se puede decir que jamás existió, o que simplemente la podemos dejar en suspenso. Frente a la tragedia, lo único que nos queda es resignificarla; de allí el papel del artista, del escritor. Así pues, medita sobre la tragedia y sobre la condición humana cuando se convierte en algo innombrable. Como en sus demás trabajos, se destaca la claridad junto a la riqueza de la expresión. El escritor configura un tejido que deja oír la voz de una literatura de autor que ha ganado una reputación importante en las letras del país. En este trabajo, Montoya confirma su obsesión por la técnica de la novela histórica y explora de nuevo sus ricas posibilidades: “Creo que todo intento de reproducir lo pasado está de antemano condenado al fracaso porque solo nos encargamos de plasmar vestigios, de iluminar sombras, de armar pedazos de vidas y muertes que ya fueron y cuya esencia es inasible. La belleza, y siempre he ido tras ella, así sea terrible y asquerosa, así sea nefasta y condenable, así sea desmoralizadora y desvergonzada, no es más que un conjunto de fragmentos dispersos en telas, en letras, en piedras, en sonidos que tratamos de configurar en vano” (278). ■

Sergio Pérez (Colombia)

La casa en el barrio



La casa en el barrio
Emperatriz Muñoz P.
Universidad de Antioquia
Medellín, 2013
198 p.

Esta primera novela de la autora, cercana a las doscientas páginas, recrea la vida de una familia en un barrio pobre de Medellín, entre la década de los setenta y los ochenta, cuando la ciudad todavía no enfrentaba las violencias que hoy padece y aún era posible una convivencia tranquila con los vecinos sin necesidad de refugiarse en unidades cerradas. Y aunque estas problemáticas sociales se tocan de soslayo, pues de ellas solo se hace una breve mención en la novela, el telón de fondo sí está presente en todo momento: la vida del barrio, la pobreza de sus protagonistas, el origen campesino de los padres con sus costumbres profundamente arraigadas en las creencias religiosas y en una ética que representa el valor por excelencia, el bien máspreciado, a pesar de las carencias económicas:

El tiempo de Efraín y Estella era ese en el que solo el valor importaba. Valor para demostrar que se podía, con poco, hacer mucho; para eso estaba la intención, el deseo, y se disponía del esfuerzo físico como garantía para ser útil en la vida. [...] El resto lo aportaba la educación en la casa, la verdadera, como decía Efraín, en la que el respeto, los buenos modales, la dignidad y el proceder cristiano elevaban al hombre por encima de sus limitaciones materiales (Muñoz, 2013: 8).

Toda la historia transcurre en solo una semana. Su estructura es circular, empieza un sábado y retorna a ese mismo día para cerrarla. Sin embargo, las continuas analepsis, que van centrando la mirada en cada uno de los personajes —la mayoría de ellos femeninos—, permiten al final de la novela tener una historia completa de la vida de “los Restrepo”.

La temática gira siempre en torno a la importancia de la casa familiar. Alrededor de este tópico, y de la intención de legarla, se aglutinan y suceden todos los acontecimientos. No solo se trata, por supuesto, de la posesión material de un bien, sino del valor simbólico que significa tenerlo. En este sentido, el lugar donde se habita pasa a ser una extensión del cuerpo para cada uno de los miembros del clan, pivote en el que giran sus recuerdos, dudas y decisiones. De ahí su título *La casa en el barrio* y la pregunta que atraviesa todo el libro: ¿qué hacer con ella?, ¿qué significa su legado? Al final, la respuesta es clara: “La casita estaba llena de significado, pero para ellas no era más que un símbolo que se consumía, rodeada de edificios que la hacían ver más pequeña y sentir más fría. Sí, era un vestido viejo que había agotado su brillo” (150).

Para cumplir su propósito, la novela recurre, en primer lugar, a una introducción cuyo tono bíblico es llamativo, porque alude a una pareja primigenia cuya tarea consiste en poblar la tierra: “En el principio fueron Efraín y Estella” (7). Esta impresión se confirma en la forma como empieza el segundo párrafo, que además alude al Éxodo antes de la fundación:

Multiplicados en su descendencia, Efraín y Estella caminaron por las calles y parques de Medellín. Habitaron los espacios de otros, menudeando, de sus escasos ingresos, los arriendos de media docena de casas: primero fue en el barrio La América, después en Manrique, más adelante en Castilla, en El Obrero, en San Javier y, como preludio a la definitiva, la que fuera llamada años más tarde la casa del morro, el retorno vergonzoso a sus hogares paternos en el barrio La Floresta, cada uno por su lado, separado Efraín de Estella y de sus cinco hijos, quienes por un tiempo vivieron, arrimados, en casas ajenas. (7)

Otro recurso narrativo importante son los apuntes del padre, Efraín, quizás el único personaje masculino con algún relieve, porque Rubén, el hijo hombre, aparece solo por ratos y en general solo para apuntalar las decisiones ya tomadas por las mujeres. Estas notas se intercalan antes del inicio de algunos capítulos, y aunque su orden es más bien aleatorio, cumplen una función muy importante dentro de la novela: constituyen un punto de vista distinto al del clan femenino y es la voz del pasado, la que ayuda a recuperar la historia y a

entender la importancia que tiene la vivienda —que ya no habitan porque recibieron una herencia inesperada y lograron un ascenso social y económico importante—. Por eso, para no olvidar el origen, para saber lo que los antecedió, está el testimonio del padre.

La historia va tomando forma a través de las palabras de Efraín. Sus escritos inician cuando tiene lugar el desfalco que pone en entredicho el nombre de la familia y la crisis económica provocada por su alcoholismo. Leila, la menor de las hermanas, es quien lee estos recuerdos en contra del deseo del resto:

Y a Leila estas notas de Efraín le parecieron hermosas. Casi me pongo a llorar, le dijo a Estella cuando terminó de leerlas. Pero Leila las leyó primero sola, escondida en un rincón de la casa y sin hacer muchos comentarios porque ninguna de sus hermanas, ni Estella, querían saber lo que decían. Eso duele mucho, hija, le decía Estella, los malos momentos hay que dejarlos atrás. (10)

Gracias a estas notas la novela logra transmitir la emoción y el enorme significado que constituyó la consecución de la casa. Y dan cuenta, además, de la lucha que supone alcanzar este sueño para la mayoría de la gente en una sociedad como la nuestra:

El domingo revisamos el periódico, como todos los domingos desde que llené esa solicitud. Era un aviso grande, lleno de números chiquitos. Mirábamos a quién le habían asignado casa y ahí estaba mi número de cédula. El que la vio fue Rubén. Ganamos, papá, ganamos, dijo. Y como yo no creía, me lo señaló. Estella se puso a llorar y me abrazó. Yo también la abracé. Ahora sí nos vamos, me dijo. Solo queda esperar a que la empresa sí me preste la plata. (179)

Otro recurso importante, que ya se mencionó, es el de la analepsis. En general, toda la novela oscila entre el presente y el pasado, pero se hace más notorio en el momento de la visita a la antigua casa. Este retorno, que no es más que un viaje de reconocimiento, sirve para que finalmente todos entiendan el valor simbólico del lugar: no solo fue la oportunidad de vivir juntos, de tener un refugio permanente y seguro, sino que es, sobre todo, identidad, unión, reconocimiento y memoria. En suma, “riqueza”. Poseer este bien les evita la desintegración del núcleo familiar y les da la certeza de que, al fin, hay posibilidades de progreso económico.

Durante el trayecto en taxi primero, y en bus después, y a través de la mirada y los comentarios de los hermanos, aparece la ciudad en retrospectiva, el barrio, los vecinos y la vida de cada uno de ellos, los hijos de Efraín y Estella. Sus historias, sus amores, sus miedos, la enfermedad y la muerte. Como ya se anotó, la novela es circular, por eso el retorno es doblemente simbólico, tanto desde la forma como desde los

acontecimientos. Cuando se traza el círculo, cuando vuelven al viejo barrio en donde está la casa del morro, en realidad están recuperando el pasado para saber cómo enfrentar el presente.

De ahí, posiblemente, la intención de la autora, cuando en la introducción inicia con el tono bíblico: "En el principio fueron Efraín y Estella. Y de ellos nacieron: Rubén, Amelia, Julia, Sara y por último Leila. Más allá, con el tiempo, nacieron los nietos: Luisa, hija de Julia, y después de ella los mellizos, hijos de Rubén, que más parecían solo los hijos de Ana, su esposa" (7). Porque, así como un pueblo se funda en una tierra largamente buscada, de la misma manera, después del éxodo, esta familia funda su vida y su identidad en la casa.

Dentro del clan sobresalen las hermanas, quienes, a pesar de sus pequeñas diferencias, están unidas de manera incondicional, actúan en bloque y se apoyan unas a otras para sobrevivir. En el pasado, aparecen en compañía de la madre, que poco se diferencia de ellas, a no ser por sus consejos y por la relación con el padre y con la hermana, Greta, de quien se deja manipular. Este personaje, que al final se diluye, tiene importancia porque gracias a sus contactos el padre logra colocarse y, con su herencia, la familia logra el ascenso social y económico. Esta tía es generosa, su apoyo es incondicional, pero también es causa de molestia para los hijos por sus constantes críticas e intromisiones en los asuntos familiares:

Un castigo —decía Amelia—; ella lo castigó por el error y le daba miedo que, al ayudarlo, él volviera a hacer cosas mal hechas. Pero, ¿y eso qué tenía que ver con ella?, preguntó Leila. Culpa, afirmó Estella, ya sin asombro. Eso de la culpa de Greta lo sabía muy bien, otras veces lo había discutido con ella: No cargués con eso, Greta, no es tu culpa; fui yo quien lo aceptó. (158)

Ella es el personaje más ambiguo de todos, y con más potencial, si su presencia hubiera tenido más relieve en la novela, porque el protagonismo se lo roban las hermanas. Difícil diferenciarlas, viven juntas, se mueven casi al unísono, piensan como si se tratara de un solo cuerpo y de una sola mente, con diferentes matices, es cierto, pero muy estereotipadas. Igual pasa con Rubén. Cada uno es solo un rasgo con el que responde frente a todas las situaciones de forma previsible: Amelia es la que sabe de negocios y está empeñada en logros económicos; Julia prefiere la casa y se ocupa de los quehaceres diarios; Sara es profundamente religiosa, tímida, introvertida; Leila es la líder, la que soluciona, se entromete, pregunta, convoca y dice lo que el resto calla; Luisa, la sobrina

—hija natural de Julia—, es la rebelde; tiene actitudes de adolescente, es crítica y lucha por diferenciarse del clan; Rubén es el mutismo, una especie de satélite que acompaña a las hermanas en las decisiones importantes, pero que vive aparte, aunque siempre es solidario con la familia:

El jueves, las hermanas Restrepo tiritaban de frío, aunque estuvieran muy juntas en la cama. Amelia y Leila ocupaban la parte de arriba, Julia y Sara la parte de abajo; todas recogidas como ovillos de lana. Aunque cada una tenía su cobija, parecían estar arropadas con el mismo recuerdo. [...] Las hermanas Restrepo tenían frío. El hielo se había apoderado de sus huesos, de esos que no se ven, que sostienen el esqueleto del espíritu, dijo Leila. El frío les quedó, según ella, de la visita que hicieron a la casa del morro el día anterior. (141-142)

La trama no es intensa, la sostienen la pregunta de qué harán finalmente con la casa del morro y las pequeñas historias de los personajes. Cuando deciden dársela a Luisa, dudan. No saben cómo va a reaccionar. La verdadera hondura se logra cuando ocurre el reconocimiento grupal de la historia familiar, que confluye con la nota final de Efraín, cuando logra conseguir, al fin, la casa. Este acontecimiento permite la transformación de los personajes:

El objetivo de Leila al llevarlas se había cumplido: las Restrepo reconocieron, sin divulgarlo, que aquella casita no existía más que en sus recuerdos, en la nostalgia de los años en que ellas la habitaron. Ahora solo quedaba lo que en verdad era: un espacio para ser ocupado, para llenarse con otros sonidos, otros pasos, otras vivencias... Pero, ¿sería Luisa la indicada para hacerlo? (150)

Un ciclo de vida se cierra y otro se abre. Luisa es la nueva generación. Es ella quien recibe el legado y debe, a su vez, decidir qué hacer con él. Finalmente, ella se integra al clan, deja de luchar por diferenciarse y se funde en la argamasa que, ladrillo a ladrillo, conforma La Casa. La vida recomienza en Luisa, como una promesa, apuntalada por las tías:

Le dijeron que no era lo mismo, que la casa en ellas había cumplido su tiempo, que solo la vivirían en sus recuerdos, pero que ella, Luisa, podría hacer lo que quisiera.

—¿Y qué es lo que querés? —le preguntó Andrés.

Luisa se levantó de su rincón y abrió la puerta de la entrada [...] Se paró en la calle y miró desde afuera la casa:

—Esta es la casa de Efraín y Estella, de mi mamá, de mis tías y de Rubén, y... —se quedó callada un instante, para al fin decir—: También es mía. ¿Ves?, si la vendiera podría ser la casa de otro con su familia, pero dejaría de ser la nuestra.

Y repitió "nuestra" como si hubiera descubierto una palabra, como si se hubiera descubierto en ella:

—Nuestra, nuestra... —y entonces regresó al lado de Andrés y lo abrazó—. Soy del clan, una Restrepo como ellas, llevo sus apellidos como si fuera una hermana más [...] (195-196)

En realidad, la casa es aquí el personaje central. A la manera de un pueblo, en donde el conjunto de los habitantes y de sus miradas conforman una unidad llena de fuerza y de sentido, "el clan Restrepo" la convierte en protagonista. Allí es donde habita la familia, allí se encierran los recuerdos, las vivencias y la carga simbólica que posee. No es un objeto inamovible, es un ente que se transforma por la manera como es percibido y por las emociones contradictorias que despierta y que a su vez transforma a los personajes y les dicta el derrotero de sus vidas. La casa no es la casa, es una totalidad: es el legado, es memoria ancestral. **U**

Emma Lucía Ardila (Colombia)

Novedades



Pequeña luz
Carlos Vásquez
Pre-Textos
Valencia-España
2014
88 p.



Desde la Sala
Biblioteca Pública
Piloto
Medellín-Colombia
2014
71 p.

Nuestros Archivos * Cartografía * Fotografía * Música * Antropología y Etnografía en los contextos * La pipa del edificio * Biblioteca universitaria * Crónica literaria * Artes plásticas * Historia * Arte urbano * Bibliofilia * Narrativa * Poesía



Periodismo universitario para la **ciudad**

Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

<http://delaurbe.udea.edu.co/>
@Delaurbe

Calle 67 No. 53-108. Bloque 12 - 122
Teléfono: 2195912
Medellín - Colombia